esta sazon Antonio el padre, de la mia y de las de mi muger y hijos lo es de suerte, que primero dexaré la vida que dexar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el deseo que me habeis mostrado; y aunque no está en mi mano corresponder á él como debia, todavía haré que le pongan en efecto el príncipe Arnaldo y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle. En tanto pues que llega el felice dia y punto de nuestra partida, ensanchad los corazones, y no deis lugar que reyne en ellos la melancolía, ni penseis en peligros venideros, que pues el cielo de tantos nos ha sacado sin que otros nos sobrevengan, nos llevará á nuestras dulces patrias; que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia. Admirados quedáron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su cora-

zon piadoso y su discrecion admirablet Entró en este instante el rey Policarpo alegre sobre manera, porque ya habia sabido de Sinforosa su hija las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos; que los ímpetus amorosos que suelen parecer en los ancianos, se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresía, que no hay hipócrita, si no es conocido por tal, que dañe á nadie sino á sí mismo: y los viejos con la sombra del matrimonio disimulan sus depravados apetitos. Entráron con el rey Arnaldo y Periandro, y dándole el parabien á Auristela de la mejoría, mandó el rey que aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoría de Auristela habian recibido, se hiciesen luminarias en la ciudad, y fiestas y regocijos ocho dias continuos. Periandro lo agradeció como hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijábase Policargo allá entre sí mismo en considerar quan suavemente se iba enga-

ñando Arnaldo: el qual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los designios de Policarpo, buscaba modos de salir de su ciudad, pues tanto quanto mas se dilataba su partida, tanto mas, á su parecer, se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio tambien, deseoso de volver á su patria, acudió á su ciencia, y halló en ella que grandes dificultades habian de impedir su partida: comunicólas con Arnaldo y Periandro, que ya habian sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber de cierto que quando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por qualquiera dificultad, y hasta llegar al fin de ellos, no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones: y así no habia para qué fiarse en las pocas ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolucion, quedáron los tres de acuerdo que Mauricio buscase un baxel de muchos que en el puerto estaban, que los llevase á Inglaterra secretamen-

te: que para embarcarse no faltaria modo convenible: y que en este entretanto no mostrase ninguno señales de que tenian noticia de los desinios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la qual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud, y por la de todos.

CAPITULO VIII.

Da Clodio el papel á Auristela, Antonio el bárbaro le mata por yerro.

Dice la historia que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que le habia escrito, engañada con que le dixo que eran unos versos devotos, dignos de ser leidos y estimados. Abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo para dexalle de leer hasta el cabo: leyóle en fin, y volviéndole á cerrar,

puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dixo: quítateme de delante, hombre maldito y desvergonzado, que si la culpa de este tu atrevido disparate entendiera que habia nacido de algun descuido mio, que menoscabara mi crédito y mi honra, en mí misma castigara tu atrevimiento, el qual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima. Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho. Rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba mas término de vida, que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo ó Periandro: y sin replicar palabra baxó los ojos, volvió las espaldas, y dexó sola á Auristela, cuya imaginacion ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio desesperado habia de dar en traidor, aprovechándose de los intentos de Policarpo, si acaso á su noti-

cia viniese, y determinó darla de aquel caso á Periandro, y Arnaldo. Sucedió en este tiempo, que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una muger en él, de hasta quarenta años de edad, que con el brio y donayre debia de encubrir otros diez, vestida, no al uso de aquella tierra, sino al de España: y aunque Antonio no conocia de usos, sino de los que habia visto en los de la bárbara isla, donde se habia criado y nacido, bien conoció ser extrangera de aquella tierra. Levantóse Antonio á recibirla cortesmente, porque no era tan bárbaro, que no fuese bien criado. Sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre) despues de haber estado atenta mirando el rostro de Antonio, dixo: parecerteha novedad (¡ó mancebo!) esta mi venida á verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mugeres, habiéndote criado, segun he sabido, en la isla bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las quales, si como sacaste

la belleza, y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de provecho. No te desvies, sosiégate, y no te alborotes, que no está hablando contigo algun monstruo, ni persona que quiera decirte, ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana. Mira que te hablo español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen. Mi nombre es Zenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reyno de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos; porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras. Salí de mi patria, habrá quatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores que en aquel reyno tienen del católico rebaño: mi estirpe es agarena, mis exercicios los de Zoroastres, y en ellos soy única. ¿Ves este

sol que nos alumbra? pues si para señal de lo que puedo quieres que le quite los rayos, y le asombre con nubes, pídemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto obscura noche; ó ya si quieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, ú otras espantosas señales, que nos representen la confusion del caos primero, pídelo, que tú quedarás satisfecho, y yo acreditada. Has de saber asímismo, que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna muger de tal nombre, la qual con el apellido de Zenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña á ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio. Las que son hechiceras, nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho: exercitan sus burlerías con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas, agujas sin punta, alfileres sin cabeza, y cabellos cortados en crecien-

tes ó menguantes de luna. Usan de caaactéres que no entienden; y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite, para mayor condenacion suya, que el demonio las engañe; pero nosotras las que tenemos nombre de magas, y de encantadoras, somos gente de mayor quantía: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y juntando lo activo á lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiracion á las gentes, de donde nace nuestra buena ó mala fama: buena, si hacemos bien con nuestra habilidad: mala, si hacemos mal con ella; pero como la naturaleza parece que nos inclina ántes al mal que al bien, no podemos tener tan á raya los deseos, que no se deslicen á procurar el mal ageno; ¿que quién quitará al airado y ofendido que no se vengue? ¿quien

al amante desdeñado, que no quiera, si puede, reducir á ser querido del que le aborrece? Puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre alvedrio, no hay ciencia que lo pueda, ni virtud de yerbas que lo alcance. A todo esto que la española Zenotia decia, la estaba mirando Antonio con deseo grande de saber qué suma tendria tan larga cuenta; pero la Zenotia prosiguió diciendo: Dígote en fin, bárbaro discreto, que la persecucion de los que llaman Inquisidores en España me arrancó de mi patria: que quando se sale por fuerza de ella, ántes se puede llamar arrancada que salida. Vine á esta isla por extraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atras, pensando que me mordian las faldas los perros, que aun hasta aquí temo. Dime presto á conocer al rey antecesor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que dexé maravillado al pueblo: procuré hacer ven-

dible mi ciencia, tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro: y estando atenta á esta ganancia, he vivido castamente, sin procurar otro algun deleyte, ni le procurara, si mi buena, ó mi mala fortuna no te hubiera traido á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa: si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia, y los senos, y comienza desde luego á contar quantos dineros acertares á desear. Para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar: rendiré, y traeré á tus manos las aves que rompen el ayre: haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra: haré que brote del abismo lo mas precioso que en él se encierra: haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra. En fin enmendaré tu suerte de manera, que seas siempre envidiado, y no envidioso: y en cambio de estos

bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava; que para ser tu esclava no es menester que me tengas voluntad como para ser esposa, y como yo sea tuya, en qualquier modo que lo sea viviré contenta. Comienza, pues, ó generoso mancebo, á mostrarte prudente, mostrándote agradecido. Mostrartehas prudente, si ántes que me agradezcas estos deseos quisieres hacer experiencia de mis obras; y en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dándome á tocar tu valerosa mano; y diciendo esto se levantó para ir á abrazarle. Antonio viendo lo qual, lleno de confusion, como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso á defenderle: y levantándose, fué á tomar su arco, que siempre, ó le traía consigo, ó le tenia junto á sí, y poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviado de la Zenotia, le encaró la flecha. No le contentó

mucho á la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto á la garganta (en esto mas bárbaro Antonio de lo que parecia en su trage); pero no fué el golpe de la flecha en vano, porque á este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco, y le pasó la boca y la lengua, y le dexó la vida en perpetuo silencio: castigo merecido á sus muchas culpas. Volvió la Zenotia la cabeza, vió el mortal golpe que habia hecho la flecha, temió la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento con intencion de vengarse del cruel y desamorado mozo.

CAPITULO IX.

De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

No le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que habia hecho; que aunque acertó errando, como no sabia las culpas de Clodio, y habia visto las de la Zenotia, quisiera haber sido mejor certero. Llegóse á Clodio, por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las habia llevado la muerte. Cayó en la cuenta de su yerro, y túvose verdaderamente por bárbaro. Entró en esto su padre, y viendo la sangre, y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe habia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondióle que sí: quiso saber la causa, y tambien se la dixo. Admiróse el padre, y lleno de indignacion le dixo: ven acá, bárbaro, si á los que te aman y te quieren procuras quitar la vida,

¿qué harás á los que te aborrecen? si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento: que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huir de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo hebreo, que dexó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba: dexaras tú, ignorante, esa tosca piel, que traes vestida, y ese arco, con que presumes vencer á la misma valentía, no le armaras contra la blandura de una muger rendida, que quando lo está, rompe por qualquier inconveniente que á su deseo se oponga. Si con esta condicion pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas á Dios en ningun modo, sino que reprehendas, y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos: y aparéjate para mas de una batalla, que la ver-

dura de tus años, y el gallardo brio de tu persona con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y sin alcanzar tus deseos te alcanzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio á su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió fué: no mires, señor, lo que hice, y pésame de haberlo hecho: procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca bárbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dese órden de enterrar á Clodio, y de hacer la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto habia volado por el palacio la muerte de Clodio; pero no la causa de ella, porque la encubrió la enamorada Zenotia, diciendo solo, que sin saber por qué el bárbaro mozo le habia muerto. Llegó esta nueva á los oidos de Auristela, que aún se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrársele á Periandro ó á Arnaldo para que castigasen

su atrevimiento; pero viendo que el cielo habia tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos: consideracion tan prudense como cristiana: y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al príncipe Arnaldo, el qual á ruegos de Auristela, y al de Transila perdonó á Antonio, y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le habia muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enterráron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara género de venganza alguna, así como albergaba en el de la Zenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando como vengarse del cruel flechero: el

qual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los médicos dixéron, que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad. Lloraba Ricla su madre, y su padre Antonio tenia de dolor el corazon consumido: no se podia alegrar Auristela, ni Mauricio: Ladislao, y Transila sentian la misma pesadumbre: viendo lo qual Policarpo, acudió á su consejera Zenotia, y le rogó procurase algun remedio á la enfermedad de Antonio, la qual por no conocerla los médicos, ellos no sabian hallarle. Ella le dió buenas esperanzas, asegurándole que de aquella enfermedad no moriría, pero que convenia dilatar algun tanto la cura: creyóla Policarpo, como si se lo dixera un oráculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho á Sinforosa, viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro, en cuya vista tenia librado el alivio de su corazon, que puesto que deseaba que se partiese, pues no podia volver si no se partia,

tanto gusto le daba el verle, que no quisiera que se partiera. Llegó una sazon y coyuntura, donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao, Transila y Rutilio, que despues que escribió el villete á Policarpo, aunque le habia roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien así como el culpado, que piensa que quantos le miran son sabidores de su culpa. Digo que la compañía de los ya nombrados se halló en la entancia del enfermo Antonio, á quien todos fuéron á visitar á pedimento de Auristela, que ansí á él, como á sus padres los estimaba y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le habia hecho quando los sacó del fuego de la isla, y la llevó al serrallo de su padre: y mas, que como en las comunes desventuras se reconcilian los ánimos, y se travan las amistades, por haber sido tantas las que en compañía de Ricla, y de Constanza, y de los dos Antonios habia pasado, ya no solamente por obligacion, mas por elec-

cion y destino los amaba. Estando, pues, juntos, como se ha dicho, un dia Sinforosa rogó encarecidamente á Perîandro les contase algunos sucesos de su vida: especialmente se holgaria de saber de donde venia la primera vez que llegó á aquella isla, quando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel dia se hiciéron en memoria de haber sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondió, que sí haria, si se le permiriese comenzar el cuento de su historia, no del mismo principio, porque este no le podia decir, ni descubrir á nadie hasta verse en Roma con Auristela su hermana. Todos le dixéron que hiciese su gusto, que de qualquier cosa que él dixese le recibirian, y el que mas contento sintió fué Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dixese, algo que descubriese quién era. Con este salvó conducto Periandro dixo de esta manera.

CAPITULO X.

Cuenta Periandro el suceso de su viage.

El principio y preámbulo de mi historia, ya que quereis, señores, que os la cuente, quiero que sea este; que nos contempleis á mi hermana y á mí con una anciana ama suya embarcados en una nave, cuyo dueño, en lugar de parecer mercader, era un gran corsario. Las riberas de una isla barriamos, quiero decir, que íbamos tan cerca de ella, que distintamente conocíamos, no solamente los árboles, pero sus diferencias. Mi hermana cansada de haber andado algunos dias por el mar, deseó salir á recrearse á la tierra: pidióselo al capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el capitan en el de su ruego; y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echó en tierra á mí, y á mi hermana, y á Cloelia, que este era

el nombre de su ama. Al tomar tierra vió el marinero que un pequeño rio por una pequeña boca entraba á dar al mar su tributo. Hacíanle sombra por una y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos árboles, á quien servian de cristalinos espejos sus transparentes aguas. Rogámosle se entrase por el rio, pues la amenidad del sitio nos convidaba. Hízolo así, y comenzó á subir por el rio arriba; y habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos se detuvo, y dixo: mirad señores del modo que habeis de hacer este viage, y hacer cuenta que esta pequeña barca que ahora os lleva es vuestro navío, porque no habeis de volver mas al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decis que sois su hermano, la vida. Dfxome en fin, que el capitan del navío queria deshonrar á mi hermana, y darme á mí la muerte, y que atendiésemos á nuestro remedio, que él nos seguiria, y acompañaria en todo lugar, y en

todo acontecimiento. Si nos turbamos con esta nueva, júzguelo el que estuviere acostumbrado á recibirlas malas de los bienes que espera. Agradecíle el aviso, y ofrecíle la recompensa quando nos viésemos en mas felice estado. Aun bien, dixo Cloelia, que traygo conmigo las joyas de mi señora, y aconsejándonos los quatro de lo que hacer debíamos, fué parecer del marinero, que nos entrásemos el rio adentro: quizá descubriríamos algun lugar que nos defendiese, si acaso los de la nave viniesen á buscarnos; mas no vendrán, dixo, porque no hay gente en todas estas islas, que no piensen ser corsarios todos quantos surcan estas riberas, y en viendo la nave ó naves, luego toman las armas para defenderse, y si no es con asaltos nocturnos y secretos nunca salen medrados los corsarios. Parecióme bien su consejo, tomé yo el un remo, y ayúdele á llevar el trabajo: subimos por el rio arriba, y habiendo andado como dos millas, llegó á nuestros oidos el son de muchos y varios

instrumentos formado, y luego se nos ofreció á la vista una selva de árboles movibles, que de la una ribera á la otra ligeramente cruzaban. Llegamos mas cerca, y conocimos ser barcas enramadas los que parecian árboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban. Apénas nos hubiéron descubierto, quando se viniéron á nosotros, y rodeáron nuestro barco por todas partes. Levantóse en pie mi hermana, y echándose sus hermosos cabellos á las espaldas, tomados por la frente con una cinsa leonada, ó liston que le dió su ama, hizo de sí casi divina, é improvisa muestra, que como despues supe, por tal la tuviéron todos los que en las barcas venian, los quales á voces, como dixo el marinero, que las entendia, decian: ¿Qué es esto? ¿qué deidad es esta que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino, y á la sin par Selviana de sus felicísimas bodas? Luego diéron cabo á nuestra barca, y nos lleváron á desembar-

car no léjos del lugar donde nos habian encontrado. Apénas pusimos los pies en la ribera, quando un esquadron de pescadores, que así lo mostraban ser en su trage, nos rodeáron, y uno por uno, llenos de admiracion y reverencia, llegáron á besar las orillas del vestido de Auristela; la qual, á pesar del temor que la congojaba de las nuevas que la habian dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuviéron por divina. Poco desviados de la ribera vimos un tálamo en gruesos troncos de sabina sústentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores, que servian de alcatifas al suelo. Vimos asímismo levantarse de unos asientos dos mugeres, y dos hombres: ellas mozas, y ellos gallardos mancebos: la una hermosa sobre manera, y la otra fea sobre manera: el uno gallardo y gentil hombre, y el otro no tanto; y todos quatro se pusiéron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre dixo: ¡O tú

quien quiera que seais, que no puedes ser sino cosa del cielo, mi hermano y yo, con el extremo á nuestras fuerzas posible, te agradecemos esta merced que nos haces honrando nuestras pobres, y ya de hoy mas ricas bodas Ven, señora, y si en lugar de los palacios de cristal, que en el profundo mar dexas, como una de sus habitadoras hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas, y los texados de mimbres, ó por mejor decir, las paredes de mimbres, y los texados de conchas, hallarás por lo ménos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para servirte; y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. Inclinóse á abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía y hermosura la opinion que de ella tenian. El pescador ménos gallardo se apartó á dar órden á la demas turba á que levantasen las voces en alabanzas de la recien venida extrangera, y que tocasen todos los ins-

trumentos en señal de regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumision humilde besáron las manos á Auristela, y ella las abrazó cortés y amigablemente. El marinero contentísimo del suceso, dió cuenta á los pescadores del navío que en el mar quedaba, diciéndoles que era de corsarios, de quien se temia que habían de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de reyes, que para mover los corazones á su defensa, le pareció ser necesario levantar este testimonio á mi hermana. Apénas entendiéron esto, quando dexando los instrumentos regocijados, acudiéron á los bélicos, que tocáron, arma, arma por entrámbas riberas. Llegó en esto la noche, recogímonos al mismo rancho de los desposados, pusiéronse centinelas hasta la misma boca del rio, cebáronse las nasas, tendiéronse las redes, y acomodáronse los anzuelos, todo con intencion de regalar y servir á sus nuevos huéspedes; y por mas honrarlos, los dos recien desposados no

quisiéron aquella noche pasarla con sus esposas, sino dexar los ranchos solos á ellas, y á Auristela y á Cloelia, y que á ellos con sus amigos, conmigo, y con el marinero se las hiciese guarda y centinela; y aunque sobraba la claridad del cielo, por la que ofrecia la de la creciente luna, y en la tierra ardian las hogueras, que el nuevo regocijo habia encendido, quisiéron los desposados que cenásemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mugeres. Hízose así, y fué la cena tan abundante, que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el mar á la tierra, en ofrecer la una sus carnes, y la otra sus pescados. Acabada la cena, Carino me tomó por la mano, y paseándose conmigo por la ribera, despues de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos, y con suspiros me dixo: Por tener milagrosa esta tu llegada á tal sazon, y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto, que mi mal ha de tener remedio,

mediante tu consejo, y ansí, aunque me tengas por loco, y por hombre de mal conocimiento, y de peor gusto, quiero que sepas, que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea, y la otra hermosa, á mí me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé qué te diga, ni sé qué disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago. Yo adoro á Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla, que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mundo: y hay mas en esto, que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto que muere por Selviana: de modo, que nuestras quatro voluntades estan trocadas, y esto ha sido por querer todos quatro obedecer á nuestros padres, y á nuestros parientes, que han concertado estos ma-

trimonios: y no puedo yo pensar en qué razon se consiente, que la carga que ha de durar toda la vida, se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo, sino por el gusto ageno. Y aunque esta tarde habíamos de dar el consentimiento, y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del cielo (que así lo quiero creer) se estorbó con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues como extrangero, y no parcial de ninguno sabrás aconsejarme, porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda que me lleve á mi remedio, de ausentarme de estas riberas, y no parecer en ellas en tanto que la vida me durare, hora mis padres se enojen, ó mis parientes me riñan, ó mis amigos se enfaden. Atentamente le estuve escuchando, y de improviso me vino á la memoria su remedio, y á la lengua estas mismas palabras. No hay para que te ausentes,

amigo ; á lo ménos no ha de ser ántes que yo hable con mi hermana Auristela , que es aquella hermosísima doncella que has visto : ella es tan discreta , que parece que tiene entendimiento divino , como tiene hermosura divina. Con esto nos volvimos á los ranchos , y yo conté á mi hermana todo lo que con el pescador habia pasado , y ella halló en su discrecion el modo cómo sacar verdaderas mis palabras y el contento de todos ; y fué , que apartándose con Leoncia y Selviana á una parte , les dixo : sabed , amigas , que de hoy mas lo habeis de ser verdaderas mias , que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado , me dotó de un entendimiento perspicaz y agudo , de tal modo , que viendo el rostro de una persona , le leo el alma , y le adivino los pensamientos. Para prueba de esta verdad os presentaré á vosotras por testigos. Tú , Leoncia , mueres por Carino , y tú , Selviana , por Solercio : la virginal vergüenza os tiene mudas ; pero por mi lengua se rom-

perá vuestro silencio, y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos: callad, y dexadme hacer, que, ó yo no tendré discrecion, ó vosotras tendreis felice fin en vuestros deseos. Ellas, sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirmáron ser verdad quanto habia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Pasóse la noche, vino el dia, cuya alborada fué regocijadísima, porque con nuevos, y verdes ramos pareciéron adornadas las barcas de los pescadores. Sonáron los instrumentos con nuevos y alegres sones: alzáron las voces todos, con que se aumentó la alegría: saliéron los desposados para irse á poner en el tálamo donde habian estado el dia de ántes. Vistiéronse Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda: mi hermana de industria se aderezó, y compuso con los mismos vestidos que tenia, y con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus

orejas (joyas de tanto valor, que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereis quando os las enseñe) mostró ser imágen sobre el mortal curso levantada. Llevaba asidas de las manos á Selviana y á Leoncia, y puestas encima del teatro, donde el tálamo estaba, llamó, y hizo llegar junto á sí á Carino y á Solercio. Carino llegó temblando y confuso de no saber lo que yo habia negociado: y estando ya el sacerdote á punto para darles las manos, y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen. Luego se extendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado, que apénas los ayres se movian. Viéndose pues prestar grato oido de todos, dixo en alta y sonora voz: esto quiere el cielo; y tomando por la mano á Selviana, se la entregó á Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la dió á Carino. Esto, señores, prosiguió mi hermana, es, como ya he dicho, ordenacion del cielo, y gusto, no acciden-

tal, sino propio de estos venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros, y el sí que pronuncian sus lenguas. Abrazáronse los quatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobáron su trueco, y confirmáron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana; pues así habia trocado aquellos casi hechos casamientos con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego saliéron de entre las barcas del rio quatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venian pintadas, y los remos, que eran seis de cada banda, ni mas, ni ménos: las banderas, que venian muchas por los filaretes, asímismo eran de varios colores: los doce remeros de cada una venian vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine quando entré la vez primera en esta isla. Luego conocí que querian las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca desviada de las quatro como tres

carreras de caballo. Era el palio de tafetan verde, listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba á besar, y aun á pasearse por las aguas. El rumor de la gente, y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dexaba entender lo que mandaba el capitan del mar, que en otra pintada barca venia. Apartáronse las enramadas barcas á una y otra parte del rio, dexando un espacio llano en medio, por donde las quatro competidoras barcas volasen sin estorbar la vista á la infinita gente que desde el tálamo, y desde ámbas riberas estaba atenta á mirarlas: y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertòs los brazos, donde se parecian los gruesos nervios, las anchas venas, y los torcidos músculos; atendian la señal de la partída, impacientes por la tardanza, y fogosos, bien ansí como lo suele estar el generoso can de Irlanda quando su dueño no le quiere soltar de la trahilla á hacer la presa que á la vista se le muestra. Llegó

en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancáron todas quatro barcas, que no por el agua, sino por el viento, parecia que volaban. Una de ellas, que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demas casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos quantos la miraban de que ella sería la primera que llegase á ganar el deseado premio. Otra que venia tras ella, iba alentando sus esperanzas, confiada en el teson durísimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningun modo desmayaba, estuviéron por soltar los remos sus bogadores; pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina: porque aunque es ley de los combates y contiendas, que ninguno de los que miran favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces, ó con otro algun género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente; viendo la gente de la ribera, que la barca de la insignia de Cu-

pido se aventajaba tanto á las demas, sin mirar á leyes, creyendo que ya la victoria era suya, dixéron á voces muchos: Cupido vence, el Amor es invencible; á cuyas voces, por escucharlas, parece que afloxáron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse de esta ocasion la segunda barca, que detras de la del Amor venia, la qual traía por insignia el Interes en figura de un gigante pequeño, pero muy ricamente aderezado, é impelió los remos con tanta fuerza, que llegó á igualarse el Interes con el Amor, y arrimándosele á un costado le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, habiendo primero la del Interes recogido los suyos; y pasado adelante, dexando burladas las esperanzas de los que primero habian cantado la victoria por el Amor, y volviéron á decir: el Interes vence, el Interes vence. La barca tercera traía por insignia á la Diligencia en figura de una muger desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que á traer trompeta en las ma-

nos, ántes pareciera Fama que Diligencia. Viendo el buen suceso del Interes, alentó su confianza, y sus remeros se esforzáron de modo, que llegáron á igualar con el Interes; pero por el mal gobierno del timonero se embarazó con las dos barcas primeras, de modo, que los unos, ni los otros remos fuéron de provecho. Viendo lo qual la postrera que traía por insignia á la Buena fortuna, quando estaba desmayada y casi para dexar la empresa, viendo el intrincado enredo de las demas barcas, desviándose algun tanto de ellas por no caer en el mismo embarazo, apretó (como decirse suele) los puños, y deslizándose por un lado, pasó delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirviéron de aliento á sus bogadores, que embebidos en el gusto de verse mejorados, les parecia que si los que quedaban atras entónces les lleváran la misma ventaja, no dudáran de alcanzarlos, ni de ganar el premio, como lo ganáron, mas por ventura que por ligereza. En fin la Buena fortu-

na fué la que la tuvo buena entónces, y la mia de ahora no lo seria si yo adelante pasase con el cuento de mis muchos y extraños sucesos. Y así os ruego, señores, dexemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras. Esto dixo Periandro á tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo: viendo lo qual su padre, casi como adivino de donde procedia, los dexó á todos, y se fué, como despues parecerá, á buscar á la Zenotia, con la qual le sucedió lo que se dirá en el siguente capítulo.

CAPITULO XI.

De como Zenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo; pero aconseja al rey Policarpo no dexe salir de su reyno á Arnaldo, y los demas de su compañía.

Paréceme que si no se arrimara la paciencia al gusto que tenian Arnaldo y

Policarpo de mirar á Auristela, y Sinforosa de ver á Periandro, ya le hubieran perdido, escuchando su larga plática de quien juzgáron Mauricio y Ladislao que habia sido algo larga y traída no muy á propósito; pues para contar sus desgracias propias, no habia para qué contar los placeres agenos. Con todo eso les dió gusto y quedáron con él, esperando oir el fin de su historia, por el donayre siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba. Halló Antonio el padre á la Zenotia que buscaba en la cámara del rey por lo ménos, y en viéndola, puesta una desenvaynada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego arremetió á ella, y asiéndola del brazo izquierdo y levantando la daga en alto, la dixo: dame ¡ó hechicera! á mi hijo vivo y sano y luego; si no haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado: mira si tienes su vida envuelta en algun envoltorio de agujas sin ojos ó de alfileres sin cabezas. Mira, ó pérfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta, ó en alguna otra parte, que solo tú lo sabes. Pas-

móse Zenotia viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico, y temblando le prometió de darle la vida y salud de su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo si se la pidiera: de tal manera se le habia entrado el temor en el alma; y así le dixo: suéltame español y envayna tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al término en que está; y pues sabes que las mugeres somos naturalmente vengativas, y mas quando nos llama á la venganza el desden, y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho. Aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no menosprecie á los que piedad le pidieren: y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposicion de levantarse bueno y sano. Quando así no sea, respondió Antonio, ni á mí me faltará industria para hallarte, ni cólera para quitarte la vida: y con esto la dexó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvi-

dándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que habia preparado para consumir la vida poco á poco del riguroso mozo, que con los de su donayre y gentileza le tenia rendida. Apénas hubo sacado la Zenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, quando salió la salud perdida de Antonio á plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brio: de lo que recibiéron general contento quantos le conocian; y estando con él á solas su padre le dixo: en todo quanto quiero ahora decirte ¡ó hijo! quiero advertirte, que adviertas que se encaminan mis razones á aconsejarte que no ofendas á Dios en ninguna manera; y bien habrás echado de ver esto en quince, ó diez y seis años que ha que te enseño la ley que mis padres me enseñáron, que es la católica, la verdadera y en la que se han de salvar, y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí, y han de entrar de aquí adelante en el reyno de

los cielos. Esta santa ley nos enseña, que no estamos obligados á castigar á los que nos ofenden, sino aconsejarlos la enmienda de sus delitos: que el castigo toca al juez y la reprehension á todos, como sea con las condiciones que despues te diré. Quando te convidaren á hacer ofensas que redunden en desservicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras; que con no recibir el consejo y apartarte de la ocasion, quedarás vencedor en la pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto. La Zenotia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado: poco á poco en ménos de diez dias perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo hubiera estorbado: y vente conmigo, porque alegres á todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucesos de Periandro que los ha de acabar de contar esta noche. Prometióle Antonio á su padre de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, á pesar

de todas la persuasiones y lazos que contra su honestidad se armasen. La Zenotia en esto, corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo, y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano agena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro: y con este pensamiento y resuelta determinacion se fué al rey Policarpo y le dixo: ya sabes, señor, como despues que vine á tu casa y á tu servicio, siempre he procurado no apartarme de él con la solicitud posible. Sabes tambien, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos, y sabes como prudente, que en los casos propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos que al parecer van mas acertados: y por esto querría que en el que ahora tienes hecho de dexar ir libremente á Arnaldo, y á toda su compañía vas fuera de toda razon y todo término. Dime: si no puedes presente rendir á Auristela ¿cómo la rendirás

ausente ? ¿Y como querrá ella cumplir su palabra , volviendo á tomar por esposo á un varon anciano , que en efecto lo eres , que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar , teniéndose ella de su mano á Periandro , que podria ser que no fuese su hermano, y á Arnaldo , príncipe mozo, y que no la quiere para ménos que para ser su esposa? No dexes , señor , que la ocasion que ahora se te ofrece te vuelva la calva en lugar de la guedeja : y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia y atrevimiento que tuvo este monstruo bárbaro , que viene en su compañía , de matar en tu misma casa á aquel que dicen que se llamaba Clodio; que si ansí lo haces , alcanzarás fama, que alberga en tu pecho , no el favor, sino la justicia. Estaba escuchando Policarpo atentísimamente á la maliciosa Zenotia , que con cada palabra que le decia le atravesaba , como si fuera con agudos clavos , el corazon , y luego luego quisiera correr á poner en efecto

sus consejos. Ya le parecia ver á Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante: ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del reyno de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos designios. En fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los zelos se le apoderó del alma en tal manera que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le habia ofendido; pero viendo la Zenotia quan sazonado le tenia, y quan pronto para executar todo aquello que mas le quisiese aconsejar, le dixo que se sosegase por entónces, y que esperasen á que aquella noche acabase de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diese de pensar lo que mas convenia. Agradecióselo Policarpo, y ella, cruel y enamorada, daba trazas en su pensamiento cómo cumpliese el deseo del rey y el suyo. Llegóse en esto la noche, juntáronse á conversacion como la vez pasada, volvió Periandro á repetir algunas palabras

ántes dichas, para que viniese con concierto á anudar el hilo de su historia que la habia dexado en el certámen de las barcas.

CAPITULO XII.

Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela.

La que con mas gusto escuchaba á Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras como con las cadenas que salian de la boca de Hércules: tal era la gracia y donayre con que Periandro contaba sus sucesos. Finalmente los volvió á anudar, como se ha dicho, posiguiendo de esta manera: al Amor, al Interes y á la Diligencia dexó atrás la Buena fortuna, que sin ella vale poco la diligencia; no es de provecho el interes ni el amor puede usar de sus fuerzas. La fiesta de mis pescadores, tan regocijada como pobre, excedió á las de los triunfos romanos: que tal vez en la llaneza y en la humildad

suelen esconderse los regocijos mas aventajados; pero como las venturas humanas estén por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza fácilmente se quiebran y desbaratan, como se quebráron las de mis pescadores, y se retorciéron y fortificáron mis desgracias; aquella noche la pasamos todos en una isla pequeña que en la mitad del rio se hacia, convidados del verde sitio y apacible lugar. Holgábanse los desposados, que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto á quien se le habia dado tan grande, poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado: y así ordenáron que en aquella isla del rio se renovasen las fiestas y se continuase por tres dias. La sazon del tiempo, que era la del verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores, cada cosa de estas de por sí y todas juntas convidaban á tener por acertado el parecer de que allí estuviésemos el tiempo que las fies-

tas durasen. Pero apénas nos habíamos reducido á la isla, quando de entre un pedazo de bosque, que en ella estaba, saliéron hasta cincuenta salteadores armados á la ligera, bien como aquellos que quieren robar y huir todo á un mismo punto; y como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, ántes nos pusimos á mirar que á acometer á los ladrones, los quales como hambrientos lobos arremetiéron al rebaño de las simples ovejas, y se lleváron, si no en

mo dixéron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto. Quando tomamos esta resolucion comenzaba á anochecer; pero con todo eso nos entramos en un barco los desposados, y yo con seis remeros; pero quando salimos al mar descubierto habia acabado de cerrar la noche, por cuya obscuridad no vimos baxel alguno. Determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubríamos algun navío: y quiso la suerte que descubriésemos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra y el otro que venia á tomarla. Conocí que el que dexaba la tierra era el mismo de quien habiamos salido á la isla, así en las vanderas, como en las velas que venian cruzadas con una cruz roxa: los que venian de fuera las traian verdes, y los unos y los otros eran corsarios. Pues como yo imaginé que el navío que salia de la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una vandera blanca de seguro: vine arrimando al costado del navío para tratar de

rescate, llevando cuidado de que no me prendiese. Asomóse el capitan al borde: y quando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbó y suspendió, y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno que formó el disparar de un tiro de artillería de la nave de fuera, en señal que desafiaba á la batalla al navío de tierra. Al mismo punto le fué respondido con otro no ménos poderoso, y en un instante se comenzáron á cañonear las dos naves, como si fuéran de dos conocidos é irritados enemigos. Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde léjos estuvimos mirando la batalla; y habiendo jugado la artillería casi una hora, se aferráron los dos navíos con una no vista furia. Los del navío de fuera, ó más venturosos, ó por mejor decir mas valientes, saltáron en el navío de tierra y en un instante desembarazáron toda la cubierta, quitando la vida á sus enemigos sin dexar á ninguno con ella. Viéndose, pues, libres de sus ofensores, se diéron á saquear el navío de las co-

sas mas preciosas que tenia, que por ser de corsarios no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se lleváron de las primeras á mi hermana, á Selviana, á Leoncia y á Cloelia, con que enriqueciéron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca á hablar con el capitan de los vencedores; pero como mi ventura andaba siempre en los ayres, uno de tierra sopló é hizo apartar el navío: no pude llegar á él, ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y así fué forzoso el volvernos sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida: y por no ser otra la derrota que el navío llevaba que aquella que el viento le permitia, no pudimos por entónces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diese á entender quienes fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria, las esperanzas de nuestro remedio. El voló en fin por el mar adelante y nosotros desmayados y tristes nos en-

tramos en el rio, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros: un cierto espíritu se entró entónces en mi pecho, que sin mudarme el ser, me pareció que le tenia mas que de hombre: y así levantándome en pie sobre la barca, hice que la rodeasen todas las demas, y estuviesen atentos á estas, ú otras semejantes razones que les dixe: la baxa fortuna jamas se enmendó con la ociosidad ni con la pereza: en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha: nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse á su asiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres como los avaros mendigos. Esto os digo (¡ó amigos mios!) para moveros é incitaros á que mejoreis vuestra suerte, y á que dexeis el pobre ajuar de unas redes y de unos estrechos barcos, y busqueis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo: llamo generoso al trabajo del que se ocupa

en cosas grandes. Si suda el cavador rompiendo la tierra, y apénas saca premio que le sustente mas que un dia sin ganar fama alguna; ¿por qué no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del sol ni de todas las inclemencias del cielo, procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra, así como es madrasta de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan, se pueden llamar ultramundanos. Ea, pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navío que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro, que en la ribera nos dexáron, casi á lo que creo, por ordenacion del cielo. Vamos tras él y hagámonos piratas, no codiciosos como son los demas, sino justicieros como los serémos nosotros. A todos se nos entiende el arte de la marinería: bastimentos hallarémos en el navio con todo lo necesario á la navegacion, porque sus contrarios no le despojáron mas que de las mugeres; y si es

grande el agravio que hemos recibido, grandísima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece. Sígame, pues, el que quisiere, que yo os suplico y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dexar en esta valerosa empresa. Apénas hube acabado de decir estas razones, quando se oyó un murmureo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian; y entre todos salió una voz que dixo: embárcate, generoso huesped, y sé nuestro capitan y nuestra guia, que todos te seguirémos. Esta tan improvisa resolucion de todos me sirvió de felice auspicio, y por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento, no les diese ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al qual siguiéron otros casi quarenta. Llegué á reconocer el navío, entré dentro, escudriñéle todo, miré lo que tenia y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo que fuese necesario para el viage. Aconsejéles que ninguno volviese á tierra, por

quitar la ocasion de que el llanto de las mugeres, y el de los queridos hijos no fuese parte para dexar de poner en efecto resolucion tan gallarda. Todos lo hiciéron así, y desde allí se despidiéron con la imaginacion de sus padres, hijos y mugeres: caso extraño y que ha menester que la cortesía ayude á darle crédito. Ninguno volvió á tierra, ni se acomodó de mas vestidos de aquellos con que habia entrado en el navío: en el qual sin repartir los oficios todos servian de marineros y de pilotos, excepto yo que fuí nombrado por capitan por gusto de todos; y encomendándome á Dios, comencé luego á exercer mi oficio: y lo primero que mandé fué desembarazar el navío de los muertos que habian sido en la pasada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno. Ordené que se buscasen todas las armas, así ofensivas como defensivas que en él habia, y repartiéndolas entre todos, dí á cada uno la que á mi parecer mejor le estaba. Requerí los bastimentos y conforme á la gente tanteé pa-

ra quantos dias serian bastantes poco mas ó ménos. Hecho esto y hecha oracion al cielo, suplicándole encaminase nuestro viage y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé izar las velas que aún se estaban atadas á las entenas, y que las diéramos al viento, que como se ha dicho soplaba de la tierra: y tan alegres como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos á navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navío de la presa. Véisme aquí, señores, que me estais escuchando, hecho pescador y casamentero, rico con mi querida hermana y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de capitan contra ellos; que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren ni términos que las encierren. No mas, dixo á esta sazon Arnaldo, no mas, Periandro amigo, que puesto que tú no te canses de contar tus desgracias, á nosotros nos fatiga el oirlas por ser tantas. A lo que respondió Periandro: yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es

donde todas las cosas caben y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas; aunque por haber hallado á mi hermana Auristela las juzgo por dichosas, que el mal que se acaba sin acabar la vida no lo es. A esto dixo Transila: yo por mí digo, Periandro, que no entiendo esa razon; solo entiendo que lo será muy grande, si no cumplis el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me van pareciendo ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten y muchas injuriosas plumas que las escriban. Suspensa me tiene el veros capitan de salteadores: juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estaré esperando tambien suspensa qual fué la primera hazaña que hicisteis y la aventura primera con que encontrásteis. Esta noche, señora, respondió Periandro, daré fin, si fuere posible, al cuento, que aún hasta ahora se está en sus principios: quedando todos de acuerdo, que aquella noche volviesen á la misma plá-

tica, y por entónces dió fin Periandro á la suya.

CAPÍTULO VIII.

Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.

La salud del hechizado Antonio volvió su gallardía á su primera entereza, y con ella se volviéron á renovar en Zenotia sus mal nacidos deseos, los quales tambien renováron en su corazon los temores de verse de él ausente: que los desauciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse que lo están en tanto que ven presente la causa de donde nacen: y así procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huéspedes: y así volvió á aconsejar á Policarpo, que en ninguna manera dexase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida, y que por lo ménos, ya que no le diese la pena conforme al

delito, le debia prender y castigarle siquiera con amenazas: dando lugar que el favor se opusiese por entónces á la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones. No la quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecia, diciendo á la Zenotia que era agraviar la autoridad del príncipe Arnaldo, que debaxo de su amparo le traía, y enfadar á su querida Auristela, que como á su hermano le trataba: y mas que aquel delito fué accidental y forzoso, y nacido mas de desgracia que de malicia: y mas que no tenia parte que le pidiese, y que todos quantos le conocian, afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. ¿Cómo es esto, señor, replicó la Zenotia, que habiendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomases de detener á Auristela, ahora estás tan léjos de tomarle? Ellos se te irán, ella no volverá, tú llorarás entónces tu perplexidad y tu mal discurso, á tiempo quando ni te

aprovechen las lágrimas, ni enmendar en la imaginacion lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado en razon de cumplir su deseo, no lo son en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad. Rey eres, y de los reyes las injusticias y rigores son bautizadas con nombre de severidad. Si prendes á este mozo, darás lugar á la justicia, y soltándole, á la misericordia, y en lo uno y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno. De esta manera aconsejaba la Zenotia á Policarpo, el qual á solas y en todo lugar iba y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de qué modo podia detener á Auristela sin ofender á Arnaldo, de cuyo valor y poder era razon temiese. Pero en medio de estas consideraciones y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada, ni tan cruel como la Zenotia, deseaba la partida de Periandro por entrar en la esperanza de la vuelta; se llegó el término de

que Periandro volviese á proseguir su historia, que la siguió en esta manera.

Ligera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiese á su camino la voluntad de ninguno de los que íbamos en ella, dexando todos en el alvedrio de la fortuna nuestro viage, quando desde lo alto de la gabia vimos caer á un marinero, que ántes que llegase á la cubierta del navío, quedó suspenso de un cordel que traía anudado á la garganta: llegué con priesa y cortésele, con que estorbé no se le acortase la vida. Quedó como muerto y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las quales volvió en sí y preguntándole la causa de su desesperacion, dixo: dos hijos tengo, el uno de tres y el otro de quatro años, cuya madre no pasa de los veinte y dos, y cuya pobreza pasa de lo posible, pues solo se sustentaba del trabajo de estas manos: y estando yo ahora encima de aquella gabia, volví los ojos al lugar donde los dexaba, y casi como si alcanzara á verlos, los ví hincados de ro-

dillas, las manos levantadas al cielo rogando á Dios por la vida de su padre, y llamándome con palabras tiernas: ví asímismo llorar á su madre, dándome nombre de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan grande vehemencia, que me fuerza á decir que lo ví, para no poner duda en ello, y el ver que esta nave vuela, y me aparta de ellos, y que no sé donde vamos, y la poca ó ninguna obligacion que me obligó á entrar en ella, me trastornó el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le di á mi garganta por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso movió á lástima á quantos le escuchábamos, y habiéndole consolado y casi asegurado que presto daríamos la vuelta contentos y ricos; le pusimos dos hombres de guarda, que le estorbasen volver á poner en execucion su mal intento y así le dexamos. Y yo, porque este suceso no despertase en la imaginacion de alguno de los demas el querer imitarle, les dixe que la mayor co-

bardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal que le falta el ánimo para sufrir los males que teme; ¿y qué mayor mal puede venir á un hombre que la muerte? Y siendo esto así no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada, no solo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros mios, porque no os asombre el suceso que habeis visto de este nuestro desesperado, que aun hoy comenzamos á navegar y el ánimo me está diciendo que nos aguardan y esperan mil felices sucesos. Todos diéron la voz á uno para responder por todos, el qual de esta manera dixo: valeroso capitan, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar á la razon y muchas á la ventura: y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro capitan, vamos seguros y confiados de alcanzar los

buenos sucesos que dices. Quédense nuestras mugeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza á todos, que los cielos que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuidado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, izar las velas, pon centinelas en las gabias por ver si descubren en que podamos mostrar que no temerarios, sino atrevidos son los que aquí vamos á servirte. Agradecíles la respuesta, hice izar todas las velas, y habiendo navegado aquel dia, al amanecer del siguiente la centinela de la gabia mayor dixo á grandes voces: navío, navío. Preguntáronle qué derrota llevaba y de qué tamaño parecia. Respondió que era tan grande como el nuestro, y que le teníamos por la proa. Al

rosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna. Esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobre mesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino. En fin, pisando muertos y hollando heridos, pasáron los mios adelante, y en el castillo de popa halláron puestas en esquadron hasta doce hermosísimas mugeres, y delante de ellas una que mostraba ser su capitana, armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio, que pudiera servir de espejo, á quererse mirar en él. Traía puesta la gola, pero no las escarcelas ni los brazaletes: el morrion sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores: tenia un venablo en las manos tachonado de arriba abaxo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó á detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atencion

se pusiéron á mirarla. Yo, que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor pasé á su navío á tiempo quando ella estaba diciendo: bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño esquadron de mugeres que á la viste se os ofrece, el qual despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno. Embestid, si venís sedientos de sangre, y derramad la nuestra quitándonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darémos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, rey de Lituania: casóme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Íbamos los dos á ver al rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los mas vivos enten-

dimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia. Anoche bebiéron de modo que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudiéron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, diéron principio á su abominable intento. Pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitamos, y con quatro criados que libres del humo de baco nos acudiéron, hicimos en ellos lo que muestran esos muertos que estan sobre esa cubierta: y pasando adelante con nuestra venganza, habemos hecho que esos árboles y esas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente. Quarenta son los ahorcados, y si fueran quarenta mil tambien murieran: porque su poca ó ninguna defensa, y nuestra cólera, á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendia. Riquezas traigo que

poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podais tomar: solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana. Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas ántes quedaréis infames que ricos. Parecióronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero corsario, me ablandara. Uno de mis pescadores dixo á este punto: que me maten, si no se nos ofrece aquí hoy otro Rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso capitan muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Así será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo quereis, y entended que obras tales nunca las dexa el cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo. Despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad á esas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servirlas. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena

de admiracion y de espanto se me humilló Sulpicia ; la qual como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme : y lo que hizo fué, mandar á una de sus damas le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros. Hizolo así la dama, y en un instante, como aparecidos ó llovidos del cielo, me pusiéron delante quatro cofres llenos de joyas y dineros : abriólos Sulpicia, é hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá, y aun sin quizá, cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenian : porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo : toma, capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa, que por serlo la voluntad con que se te ofrece : dádiva es de una pobre viuda, que ayer se vió en la

cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se vé sujeta á la discrecion de estos soldados que te rodean, entre los quales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: dádivas de tan gran señora se han de estimar como si fuesen mercedes; y tomando el collar me volví á mis soldados, y les dixe: esta joya es ya mia, soldados y amigos mios, y así puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser á mi parecer inestimable, no conviene que se dé á uno solo: tómele, y guárdele el que quisiere, que en hallando quien le compre se dividirá el precio entre todos, y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que uno respondió: quisiéramos, ó buen capitan, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos á la tuya. Vuelve el collar

á Sulpicia : la fama que nos prometes no hay collar que la ciña, ni límite que la contenga. Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia. Finalmente ella me pidió que la diese doce soldados de los mios que la sirviesen de guarda, y de marineros para llevar su nave á Lituania. Hízose así, contentísimos los doce que escogí solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conservas de que carecíamos. Soplaba el viento próspero para el viage de Sulpicia, y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero. Despedímonos de ella, supo mi nombre, y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demas, ella llorando lágrimas de placer y tristeza nacidas; de tristeza por la muerte de su esposo; de alegría por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividimos y apartamos. Olvidaba de deciros como volví el collar á Sulpicia, y

ella le recibió á fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo á afrenta que le estimase yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los mios sobre qué derrota tomaríamos, y concluyóse que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demas navíos que por el mar navegasen: ó por lo ménos, si el viento no hiciese á su propósito, harian bordos hasta que les viniese á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena, y yo llamando á un pescador marinero que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dixo á esta sazon Mauricio á Transila su hija, que se pone ahora Periandro á descubrirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que va contando el declararnos los movimientos del cielo. Yo por mí deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir de esta tierra no da lugar á que me entretenga, ni ocupe en saber quáles son fixas, ó quáles er-